EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

33/

OBRAS

SON AMORES,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876.

19

OBRAS SON AMORES.

OBRAS SON AMORES,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representado con gran aplauso en el Teatro MARTIN el 11 de Marzo de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMPARO.....	Sra. M. Ruiz.
PRUDENCIO PAZ.....	Sr. V. Yañez.
AQUILES GUERRA.....	Sr. R. del Castillo.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON ANTONIO ALVAREZ,

EMPRESARIO Y DUEÑO DEL TEATRO MARTIN.

Muy Sr. mio: Dígnese usted admitir la dedicatoria de este juguete, pues con ello honrará á su reconocido amigo

S. J. C.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada en casa de Amparo.

ESCENA PRIMERA.

Aparece AMPARO leyendo una carta.

«Querida sobrina Amparo:
»al recibo de ésta espero,
»que sin más indecisiones
»aproveches el correo
»que debe ya estar anclado
»de Santander en el puerto,
»y te vengas con tu tia;
»esto es lo que te aconsejo.
»Respecto á los pretendientes
»debes tener mucho acierto,
»aunque es difícil la cosa
»porque hay pocos hombres buenos.
»Procura, querida Amparo,
»profundizar sus defectos.
»No te fies de palabras,
»que dice un refran ya viejo,
»que las obras son amores;
»conque sobrina, á los hechos:
»cásate y tráetelo aquí,
»que si se resiste al freno,

»con mi ayuda, entre las dos,
»al cabo le amansaremos.
»Dices que viuda estás mal;
»¡ay sobrina, lo comprendo,
»que un marido en una casa
»es un mueble de provecho.
»Veinte años se cumplen hoy
»que sin esposo me encuentro,
»y cuanto más tiempo pasa
»mucho más lo echa de ménos,
»tu tia Ruperta Antunez
»Garañon y Puente Recio.» (Deja de leer.)
Que me case me aconseja:
mas con quién? ese es el cuento.
Sé yo misma, por ventura,
á cuál de los dos prefiero?
Aquiles es muy bizarro,
sí, mas Prudencio es tan bueno...
Este es dulce, reservado,
el otro hablador, tremendo...
(Campanilla dentro.)
Llaman. Ellos son, no hay duda.
Me voy. Despues me presento
entre amable y desdeñosa,
buscando el mejor efecto.
La muchacha está avisada;
valor, no perdamos tiempo.
Puesto que obras son amores,
con discrecion indaguemos
ántes de entregar mi mano
quién obra más y habla ménos. (Váse.)

ESCENA II.

PRUDENCIO y AQUILES.

AQUILES. Qué calor! yo me derrito!
En Agosto ir y venir!...
PRUD. Todo se puede sufrir
por ver un lindo palmito.
AQUILES. No lo tome usted á broma;
esa ninfa es á mi afan

lo que es al hambiento el pan.
PRUD. Pues con su pan se lo coma.
Pero si fuera ya mia
y estuviera tan hambriento,
lo digo como lo siento,
sin pan me la comería.
AQUILES. Y eso haré yo, ¡voto á san!
pues me la llevo conmigo
á Cuba, si es que consigo
el grado de capitan.
Tomo el empleo inmediato,
me caso, me embarco y...
PRUD. Ya!
Eso está por ver.
AQUILES. Que está!
Ó lo consigo ó me mato.
El correo de la Habana...
PRUD. Sale segun el aviso...
AQUILES. ¡Ya ve usté qué compromiso.
Sale pasado mañana!
Y esto aumenta mis congojas,
tener que llevar de aquí
una mujer, porque allí
me han dicho que son tan flojas...
PRUD. Amigo, perdóneme
si su parecer ataco.
En la tierra del tabaco,
de la caña y del café,
como bien lo solicite
y en la eleccion tenga suerte,
la habrá de encontrar tan fuerte
como usté la necesite:
que bajo el potente rayo
de aquel sol circula ufana
mezclada la sangre indiana
con la sangre de Pelayo.
AQUILES. Pues siendo así, viento en popa,
largo de aquí.
PRUD. Sí, señor;
en cuanto salga el vapor.
No me sienta bien Europa.
AQUILES. Se pasan muchos berrinches,

y es que aquí hay sangre en las venas.
Pero hay muchas cosas buenas.

PRUD. Sí señor, y muchas chinches.

AQUILES. Oiga usté, es alusion?

PRUD. No señor, no.

AQUILES. Si lo fuera...

PRUD. Lo mismo se lo dijera.

AQUILES. ¡Le partía el corazon!

PRUD. ¡No es obrar como decir!

AQUILES. Qué, lo duda usté?

PRUD. Pues no?
Eso sería si yo
me lo dejaba partir.

AQUILES. Hoy estoy hecho una fragua.

PRUD. Pues al agua.

AQUILES. Sí por Dios,
veremos cual de los dos
hoy se lleva el gato al agua.

PRUD. Amigo, sea más sensato,
que así hasta el sexo maltrata.
Pase que la llame gata,
pero no la llame gato.
Si no, por lo que se ve,
me va á decir algun dia
con toda su cortesía...
señora, á los piés de usté.

AQUILES. No tal, yo no me equivoco
nunca, téngalo entendido,
¡sin duda usté se ha creído
que está hablando con un loco!
Y ahora recuerdo... Es probable...
Hombre, usté me desespera!

PRUD. Yo?

AQUILES. ¿Si no me detuviera
con su charla insoportable?
Hágame usted la merced
de decirla que en seguida
vuelvo. Que voy á... Por vida!
Estoy á los piés de usted.

PRUD. ¡Lo dije!... y despues se inquieta
cuando sus palabras tacho!...
¡Á mis piés! Si soy más macho

que el macho de una carreta.

AQUILES. Cierto... no sé donde estoy...
Vuelvo pronto.—Que me espere...

PRUD. No vuelva más si no quiere.

AQUILES. Sí, eh? Pues ya no me voy.
Sepa usté que soy capaz
de hacer que se arda la tierra.
Yo soy don Aquiles Guerra!

PRUD. Y yo don Prudencio Paz.

AQUILES. Ella le ha dicho que no.
Su carácter le empalaga.

PRUD. Qué quieren que yo le haga
si así el cielo me lo dió?
Y pues en suerte me cupo,
aunque ponga cara fosca,
yo hago aquí lo que la mosca,
que ó me matan ó algo chupo.

AQUILES. Yo no desisto jamás.
Soy tenaz hasta el exceso:
porque soy...

PRUD. De carne y hueso
como somos los demás.

AQUILES. No desisto.

PRUD. Yo tampoco.

AQUILES. Lucharemos.

PRUD. Lucharemos.

AQUILES. Y allá veremos.

PRUD. Veremos.

AQUILES. Yo soy muy terco.

PRUD. Yo un poco.

AQUILES. Soy militar y la guerra
siempre ha sido mi elemento.

PRUD. Yo tengo un temperamento
que aun cuando se hunda la tierra,
sigo constante y tenaz
y firme en mis opiniones,
y por estas tres razones
fuí dos años juez de paz
en la Habana y Puerto-Rico.

AQUILES. Usté juez! Es una mengua,
tiene usté muy poca lengua.

PRUD. Y usté tiene mucho pico.

AQUILES. Don Prudencio, ¡voto á un rayo!
PRUD. Soy prudente, mas no mandria.
AQUILES. Es usted una calandria.
PRUD. Y usted es un guacamayo.
AQUILES. Yo soy un hombre que ataca
frente á frente, y ademas
¡admírese usté! jamás
he vuelto yo la casaca.
PRUD. Hace bien; perfectamente,
si vivir quiere... en la historia,
y así alcanzará la gloria
de morir siendo teniente.
AQUILES. En mí es condicion precisa.
¡Volver yo atrás lo que digo!...
PRUD. Es raro; porque hoy, amigo,
se vuelve hasta la camisa.
AQUILES. Cuando yo canto de plano,
ya se acabó; cruz y raya.
PRUD. Nació quizás en Vizcaya?
AQUILES. No señor. Soy jerezano
y derribo una pared
si pego un tajo de corte.
PRUD. Pues hace poco en el Norte
preguntaban por usted.
AQUILES. Conque así, no hay remision,
me lo como si no cede!
PRUD. No me coma, no, que puede
morir de una indigestion.

ESCENA III.

LOS MISMOS y AMPARO.

AMPARO. ¡Oh, señores, buenos dias!
PRUD. ¡Tarde aparece la aurora!
(Aquiles quita á Prudencio y pasa al lado de Amparo. Prudencio le quita á él cuando habla y así se repite este juego, hasta que Amparo les llama arlequines.)
AQUILES. Ciego estaba yo sin verla!
PRUD. Siempre linda!
AQUILES. Siempre hermosa!
PRUD. Hermosísima!

AQUILES. Hechicera!
PRUD. Radiante.
AQUILES. Deslumbradora!
AMPARO. Gracias, señores!
PRUD Por qué?
AQUILES. Por qué?
AMPARO. Por tanta lisonja.
PRUD. Lisonja? No tal.
AQUILES. No tal.
AMPARO. Señores, basta de broma.
Pareceis dos arlequines
con esa danza estrambótica!
(Los dos se vuelven de pronto, quedándose muy rígidos. Pausa.)
Tomen ustedes asiento. (Se sientan.)
Qué hay de noticias?
PRUD. Pist.
AMPARO. (Hola!
Á éste le ha herido la pulla.)
Conque?...
(Mirando primero á Aquiles y luégo á Prudencio.)
AQUILES. Pist...
PRUD. Pist...
AMPARO. Es chistosa
la escena, no es cierto?
LOS DOS. Pist...
AQUILES. (Toma esa y vuelve por otra.)
PRUD. (Á mí otra vez no me llamas
arlequin.)
AMPARO. Ruede la bola.
Se han tomado la revancha
de una ocurrencia amistosa.
Muy bien. Mas sepan ustedes
que la adulacion me enoja;
tanto se peca de adusto
como se peca de posma.
«Obras son amores,» dice
un refran y esa es mi norma. (Pausa.)
(Escena muda; muy bien.) (Pausa.)
AQUILES. Qué tal la noche?
AMPARO. Pist...
PRUD. (Toma,

la estaba viendo venir.)
(Aquiles se desespera y bufa.)
(Mi amigo el teniente sopla.) (Pausa.
AQUILES. Conque... Pist? me alegro mucho.
Si usted no manda otra cosa... (Pausa.)
AMPARO. Decía usted...
PRUD. Yo?
AMPARO. Sí, usted.
PRUD. Yo no he abierto mi boca.
AQUILES. Era yo el que preguntaba...
¿y qué tal la noche?
AMPARO. Incómoda.
La cuestion del abanico
me puso así... tan nerviosa...
AQUILES. Cómo?
AMPARO. Sí señor, inquieta.
No he dormido ni una hora.
AQUILES. Lo siento mucho.
AMPARO. De veras?
AQUILES. Pero si eso la trastorna,
descuide usté, porque hoy mismo
visitaré á esa persona.
AMPARO. Y usted, Prudencio, lo siente?
PRUD. Como usté guste, mi gloria.
AMPARO. Qué obediente es usted!
PRUD. Pist!
AMPARO. Ya tanto pist me incomoda.
PRUD. Qué le hemos de hacer, mi vida?
AMPARO. (Me quema con su pachorra.)
Uf! qué calor! yo me abraso!
PRUD. Está cargada la atmósfera.
AMPARO. Qué lacónico es usted!
PRUD. Soy hombre de poca prosa.
(Lo que es á mí no me llamas
arlequin otra vez.)
AQUILES. ¡Oiga!
¿Será acaso que usté sienta
su silencio?
AMPARO. No me importa;
pero cuando hay amistad,
la poca franqueza estorba;
yo soy muy franca, tan franca,

que de seguro no hay otra.
Conque así, yo les suplico
que cada cual se disponga
á decir su pensamiento,
franco y en debida forma.
Y si á ustedes les parece
hablaremos de otra cosa,
para lo cual los preámbulos
están de más: estas cortas
líneas hoy he recibido
de mi tia, donde docta,
me aconseja que me case
y que marche sin demora
á gozar su compañía.
De aquellas tierras remotas
vino don Prudencio á España:
mi tia me proporciona
la dicha de conocerle:
usted, con franqueza propia
un militar, me persigue,
no me deja á sol ni á sombra:
los dos pretenden mi mano:
que yo á los dos corresponda
ni es posible ni lo quiero;
y, como ustedes no ignoran,
el vapor debe salir
muy en breve: pocas horas
nos restan para arreglar
aquello que se disponga.

AQUILES. Pues basta de discusiones
y tratemos de la boda.
Usté sabe quién soy yo:
un teniente que ambiciona
el grado de capitan
y su mano: de ambas cosas
puedo ser dueño si usté
se encuentra al enlace pronta.
De mis prendas personales
la relacion es ociosa;
yo no soy ningun Adonis,
mi cara es cara española:
morenito, algo agraciado,

ojos negros, barba blonda,
y respecto á lo buen mozo
podemos doblar la hoja.
Tengo en todas ocasiones
larga vista, lengua corta;
he sufrido diez campañas,
pero ninguna derrota;
dos cruces de San Fernando
y ademas una cruz roja
puedo ostentar en mi pecho,
las cuales mi brazo abonan;
en la hoja de mis servicios
no tengo una mala nota;
el libro de la ordenanza,
ese lo sé de memoria;
soy de Jerez, de la tierra
mejor que existe en Europa;
tengo allí una bodeguita
que vale unas cuantas onzas;
tengo ademas una tia
que está con un pie en la hoya,
y que en cuanto que se muera
viene para mí la mosca.
Soy tan firme como el sol,
exacto como una novia,
mi carácter... agridulce,
que baila al son que le tocan.
Conque ya está usté enterada:
si mis prendas le acomodan,
cuélguese usté de mi brazo
y vamos á la parroquia.

AMPARO. (Es rudo, y á pesar mio,
su franqueza me enamora.)
Veremos.... hay que pensarlo.

AQUILES. Es que á mí, las cosas prontas.
Ó dice que *sí* ó que *no*.

AMPARO. (Esta eleccion me sofoca.)
Y usted, don Prudencio?

PUD. Qué?

AMPARO. Nada dice usted?

PRUD. Señora,
no gasto pólvora en salva.

AQUILES. ¡Oiga usté, eso de la pólvora
lo ha dicho usté por mí?
PRUD. Cá!
AQUILES. Es que como soy de tropa
podía ser una alusion,
y de mí nadie se mofa,
porque yo me pego un tiro,
no con usté, con su sombra.
PRUD. Hombre, no. Perdon.
AMPARO. Aquiles... (Á Prudencio.) Hable usted.
PRUD. Bien, si me toca...
yo soy... lo que está á la vista;
regular como persona;
con respecto á mi carácter
no tengo voluntad propia.
Cubano, sin un defecto,
al ménos que yo conozca.
Soy rico: una vez casados
lo tendrá *todo* de sobra;
en fin, niña, en mí se encuentra
un marido hecho á su horma.
Conque así, cuando decida
nos vamos á la parroquia,
luégo al registro civil,
y aquí paz y despues gloria.
AMPARO. Nunca oí declaracion
más expresiva y lacónica.
(Pues lo que es un hombre así
á cualquiera le acomoda.)
AQUILES. Conque, qué me dice usté?
AMPARO. Digo, que ántes de una hora
se sabrá á cual de los dos
le doy mi mano de esposa.
(Empezaré con las pruebas,
y á ver quien mejor se porta,
que la eleccion de un marido
no es para tomarlo á broma.
AQUILES. (Mucho la cosa medita!)
PRUD. (Mucho medita la cosa!)
(Amparo se habrá levantado y toca el timbre.)
AMPARO. (Ya está ella bien advertida,
no hay cuidado que responda.)

Esa torpe de muchacha
no viene. ¡Ay Dios! me encocoran
las doncellas!

PRUD. Á mí no.

AMPARO. Ya se rompió el timbre! Antonia!
No me oye. Si uno de ustedes...

AQUILES. Yo tengo la voz muy bronca,
se va á asustar. El señor,
que tiene voz de cotorra...

PRUD. Como que soy del país
de pintadas y canoras
aves.

AQUILES. Justo.

PRUD. Mas tambien
suelen hallarse en sus costas
cocodrilos y caimanes.
Doméstica? Chica? Es sorda?
Tú... doncellita?

AQUILES. Ahora sí
que obtendrá respuesta pronta,
porque al nombre de doncella
no hay mujer que no responda.

PRUD. Doncella?

AMPARO. Jesús, qué chica!

PRUD. Sí? pues yo haré que me oigas.
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA IV.

AMPARO y AQUILES.

AMPARO. (Este se ha hecho el remolon...
muy bien, ya tengo una prueba.)

AQUILES. ¡Pero qué es lo que hace ese hombre!

AMPARO. Dar indicios de obediencia.

AQUILES. Si yo hubiera sospechado
que era un empeño, yo hubiera...

AMPARO. Es usté obediente?

AQUILES. Sí.

AMPARO. (Lo veremos.) Qué cabeza!...

AQUILES. Qué?

AMPARO. Que debo poner hoy

para mi tia un telégrama.
Si usted me hiciera el obsequio,
porque yo tengo una letra...

AQUILES. Bien, pero tenga entendido
que lo que es la mia es buena!

AMPARO. Siéntese usted.

AQUILES. Y usté dicte.

AMPARO. Ponga usted, «Madrid... Etcétera.
»Querida tia: sabrás
»que ya me encuentro resuelta
»y que tomo tus consejos.»

AQUILES. No vaya usted tan apriesa.
Madrid... Ya me equivoqué.
(Rompe el papel y toma otro.)
Habana... Madrid... (Pausa.)

AMPARO. Qué espera?

AQUILES. Á quién va?

AMPARO. Pues no lo sabe?

AQUILES. Cómo se llama?

AMPARO. Ruperta.

AQUILES. Ya está. (Pausa.) Por vida!...

AMPARO. Y se para?

AQUILES. Dicta usté ó no?

AMPARO. Paciencia.

(Aquiles moja la pluma y vuelca el tintero.)

AQUILES. ¡Adios, ya volqué el tintero!
¡Otro pliego al canto y vuelta
á empezar! Isla de Cuba...
¡Pero esta pluma es de cera!
¡Anda y que te lleve el diablo!
(Tira la pluma, que le pega á Prudencio.)

ESCENA V.

LOS MISMOS y PRUDENCIO.

PRUD. ¡Hola! aquí disparan flechas!
Estamos entre indios! bien!

AQUILES. Dispense usté.

AMPARO. (Otra prueba.
Un carácter tan violento
difícilmente se enmienda.)

PRUD. Pues señor, lo que es la chica,
nada, ni viva ni muerta
se halla por ninguna parte.
Se la ha tragado la tierra.
Lo que es en su casa, Amparo,
ni una doncella se encuentra.

AMPARO. (Bien sigue mis instrucciones.)

PRUD. Sin duda debe estar fuera.
Se la ofrece alguna cosa?

AMPARO. Mil gracias por la molestia.
(Aquiles se habrá levantado y se pasea agitado.)

PRUD. Mándeme, que yo en servirla
tengo suma complacencia.
Pero qué es esto? (Repara en la mesa.)

AQUILES. ¡El demonio,
que hay veces que se recrea!...

AMPARO. Nada, que rogué al señor
que un telégrama escribiera,
y ha tirado tinta, pluma
y papel.

PRUD. Pues venga, venga
y en ménos de dos segundos...

AMPARO. Habana...

PRUD. Á qué se molesta?
No es necesario que dicte;
diga todo lo que quiera,
así!.. en globo, y ya verá
qué pronto...

AQUILES. (Este hombre me quema!)

AMPARO. Decirle quiero á mi tia
que me caso, y que dispuesta
esté para recibirme.

PRUD. Muy bien: «Habana. Á Ruperta
Antunez.» Con eso basta.

AMPARO. Será fácil que se pierda.

PRUD. No tal: los telegrafistas
conocen el santo y seña
de cuantos seres vivientes
pululan sobre la esfera.
Con poner Ruperta Antunez,
ya saben que está en América.

AMPARO. Llegará pronto?

PRUD. Al instante.
El telégrafo es la lengua
de una mujer, que en seguida
que oye una cosa la cuenta.
AQUILES. Eso es conforme. Hace un año
que pidió el cabo Cervera
licencia para casarse,
y le llegó la licencia
cuando ya iban á llevar
el primer hijo á la iglesia.
PRUD. Qué papel, qué buena tinta
y qué pluma más selecta!
AQUILES. (¡Voto á quince mil cañones,
que el cubano me subleva!)
AMPARO. En tanto que usted escribe
devanaré esta madeja.
AQUILES. Qué afan de hacer algo!
AMPARO. Sí,
yo nunca sé estarme quieta.
El caso es que no sé dónde
puse la devanadera,
y así... sola...
AQUILES. (Otra te pego!
¿Á que quiere que la tenga?
¡Esta mujer busca un mono!)
AMPARO. Si usted quisiera tenerla?
AQUILES. Señora! yo devanar!
AMPARO. Dispense usted.
AQUILES. Bueno. Venga.
¡Bonita facha estaré!
¡Ay, si el coronel me viera!
PRUD. (Me parece que el teniente
se marcha soltero á América.)
(Aquiles y Amparo se sientan á devanar. Él tiene la madeja.)
AMPARO. Baje un poquito los brazos. (Pausa.)
PRUD. Tenga las manos abiertas. (Aquiles le mira.)
AQUILES. Si me viera de este modo
el ministro de la guerra,
en lugar de capitan
me nombraba cantinera.
PRUD. Tenga más tirante, más.

Si no de fijo se enreda.

AQUILES. Oiga, amigo, en este entierro
á usté quién le ha dado vela?

PRUD. Nadie; mas yo me la tomo.

AQUILES. Pues me gusta la franqueza!

AMPARO. Aquiles!

AQUILES. Si me distrae
ese... moscon.

AMPARO. Más paciencia.
(Cómo sufre.)

AQUILES. ¡Voto al diablo
y cincuenta mil centellas!

PRUD. No vote tanto el amigo,
que se va á quebrar la hebra.

AQUILES. Pero, hombre, á usté qué le importa?
Mire usté, si es que desea
divertirse, busqué usté
un mono que le divierta.
(Deja la madeja y se levanta.)

AMPARO. Y ahora qué hago yo con esto?

AQUILES. Tirarlo!

PRUD. No. Venga, venga.
(Prudencio toma la madeja y se sienta á devanar, Aquiles se pasea furioso.)

AQUILES. (Si este hombre llega á casarse
va á enfermar de la cabeza.)

PRUD. Aprenda aquí el amiguito
á tener una madeja.

AMPARO. La primera condicion
de un esposo, la primera,
es ayudar á su esposa
en todo cuanto se ofrezca.

PRUD. Lo mismo es el devanar
que bailar una habanera,
que es necesario moverse
al compás de su pareja.

AMPARO. Eso es; perfectamente.
Mil gracias por su fineza.
(Dejan de devanar y se levantan.)

PRUD. No hay que darlas, niña mia,
mande todo cuanto quiera.

AMPARO. (El cubano es tan humilde

que se pasa de la regla.
No encuentro lo que yo busco;
yo quiero un hombre que tenga
más corazon, más... en fin,
que tengra sangre en las venas,
y que cuando llegue un caso...)

PRUD. ¡Ay! mamá, qué noche aquella...
(Durante el aparte de Amparo, Aquiles y Prudencio habrán estado hablando acaloradamente. Al terminar el aparte, Prudencio se separa de Aquiles y baja cantando.)

AMPARO. Canta usted!

PRUD. Yo siempre canto,
porque á mí todo me alegra.

AMPARO. Y usted, canta?

AQUILES. No señora. Tarareo la retreta
cuando estoy de buen humor.

AMPARO. Está bien. (Es una fiera.)

PRUD. (Á que me prefiere á mí?
Apostaría una oreja.)

AMPARO. Y la chica no parece,
ya serán las dos y media;
y ahora caigo!...

PRUD. Qué le pasa?

AMPARO. Mi modista, que me espera...
Necesitaba un carruaje...

PRUD. Si? ya lo tiene á la puerta.
(Váse Prudencio por el foro.)

ESCENA VI.

AMPARO y AQUILES.

AMPARO. (Tres pruebas, y va saliendo
lo que yo me presumí.)

AQUILES. (Si ese hombre llega á casarse,
va á ser lo más infeliz!...)

AMPARO. (El uno es una ovejita
y el otro es un puerco espin.)
Qué calladito está usted.

AQUILES. Cuando nada hay que decir...

AMPARO. Mientras que se acerca el coche,

arreglaré... (El otro, al fin,
es amable, pero éste...
y es lástima...)

AQUILES. ¿Va usté á ir
muy lejos?

AMPARO. No está muy cerca;
las distancias en Madrid...
Á casa de mi modista,
plazuela de Anton Martin.
(Toma una caja de carton muy grande, y trata de ponerse el velo.)
Y es el caso... que esta caja ..

AQUILES. Pesa, eh?

AMPARO. Así, así...
y como no hay aquí nadie...

AQUILES. (Ya te veo de venir.)

AMPARO. Si usted me hiciera el favor...

AQUILES. Venga. (¡Soy lo más cerril!...)

AMPARO. (Trabajillo me ha costado,
pero al cabo conseguí
que me tomara la caja.)

AQUILES. (¡Me ha querido convertir
en mozo de cuerda! Á un hombre
como yo! ¡Soy un mastin!)

AMPARO. Vamos?

AQUILES. (¿Y si me tropieza
el coronel al salir?...

AMPARO. Vamos?

AQUILES. (¡Esto es un insulto!)

AMPARO. Aquiles?

AQUILES. ¡Voto á un fusil!
¡No la llevo, aunque me den
las minas del Potosí!

AMPARO. Por qué?

AQUILES. Porque es un insulto
que me ha querido inferir.
(Aquiles tira la caja que va á caer á los piés de Prudencio.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS y PRUDENCIO.

PRUD. (Al recibir el golpe.)
Demonio!
AMPARO. Mis pobres flores!
AQUILES. Yo la compraré un jardin,
mas no me obligue á hacer cosas...
Trescientas veces leí
el libro de la ordenanza,
y allí no dice: «has de ir
cargado como un borrico
por antojo mujeril.»
AMPARO. (Éste, al ménos, tiene alma.)
Nunca pude presumir...
Dispense usté...
PRUD. El coche espera.
AMPARO. Don Prudencio, gracias mil.
PRUD. Pero qué es eso, Amparito?
Suelte, por San Agustin!...
Iba á llevar?... Bueno fuera!
No lo puedo consentir... (Le quita la caja.)
AQUILES. Ahora se compra una mona,
y sale usté por ahí
á tocar el organillo.
(¡Este hombre es un zascandil!)
AMPARO. (Demos el último golpe;
este habrá de decidir.)
Ahora recuerdo...
PRUD. Qué pasa?
AMPARO. ¡Pues es un grano de anís
el olvido! Y mi abanico?
¿Lo recuperó por fin
de las manos de aquel pollo
que anoche al caérseme ví
que lo recogió?
AQUILES. Aún no;
y está su fama en un trís,
porque el mocito asegura
que algo le quiso decir,

y por eso le dejó
caer.

AMPARO. Pues es un ruin,
un miserable impostor,
si tal osa proferir.
Desde el palco á la butaca
cayó el abanico, sin
que yo me hubiese fijado
en él.

AQUILES. Lo sabemos, sí.

PRUD. (¡Ay! parece que me pasan
el brazo con un buril!)

AMPARO. Veremos en este lance
quien va á ser el paladin.)

AQUILES. Gracias á Dios, Amparito,
que se acuerda usté de mí
para algo digno del hombre.
Verá usté el chisgaravís
como suelta el abanico,
y si no, de un tiro, ¡rif!
le parto un alon, lo mismo
que si fuera una perdiz.
(Pero no, mejor será
un buen garrote, y así
habrá ménos compromiso.)
Enfrente de San Luis
me dijo el tal que vivía,
voy á ver al zarramplin.
Ahora estoy en mi elemento!
en un dos por tres ¡zás! ¡zis!
Voy; del primer linternazo
lo trasporto á Guayaquil!

AMPARO Prudencia, Aquiles.

AQUILES. Señora,
soy de Jerez; de un país
que el que sale un poco...

PRUD. Bruto!

AQUILES. Me entiende usted? ¡Hasta allí!
(Váse Aquiles precipitadamente por el foro.)

ESCENA VIII.

AMPARO y PRUDENCIO.

PRUD. Á que no trae el abanico?
¿Cuánto se quiere apostar?
AMPARO. Yo le conozco muy bien.
Le trae.
PRUD. Allá lo verá.
AMPARO. Aquiles es todo un hombre,
carácter fiero.
PRUD. Sí tal.
Pero yo no soy mujer,
se lo puedo asegurar.
Que tengo este génio dulce?
Eso es efecto quizás
del clima. Pero con todo,
nunca me suele faltar
génio para nada; ¿estamos?
yo no me altero jamás;
pero así... sin alterarme,
hago lo que otro; pues.
AMPARO. Mas
es el caso, que ahora Aquiles
es el que ha ido á vengar
el ultraje que me han hecho.
PRUD. Cumple su deber y en paz.
AMPARO. Obras son amores.
PRUD. Sí:
nadie lo puede negar.
AMPARO. Bueno es ser humilde, pero
no tanto, no tanto ya.
PRUD. Si Dios me hizo así, mi alma,
qué le hemos de remediar?
AMPARO. Yo busco el término medio
en el hombre.
PRUD. Es natural. (Pausa.)
El coche espera.
AMPARO. Que espere. (Se sienta.)
PRUD. Que espere una eternidad. (Pausa.)
Y qué hago con esta caja?

AMPARO. Désela usté al diablo!
PRUD. (Dándole la caja.) Ahí va.
AMPARO. Tírela usted.
PRUD. Bien mandado
siempre lo he sido. (La tira.) Mandad.
AMPARO. Aquiles venga mi honor.
(Prudencio se sienta.)
PRUD. Si es que lo puede vengar.
AMPARO. Si fuera usted...
PRUD. Está claro.
AMPARO. Usted que es tan... tan...
PRUD. Sí, tan...
AMPARO. Yo quiero un hombre que cuando
llegue un caso, manejar
sepa un florete y un sable.
PRUD. Yo, el cortaplumas y mal.
AMPARO. Jesús! será usté un marido...
PRUD. Marido de mazapan.
AMPARO. (Este me conviene, sí,
nadie lo puede negar.
Pero el otro... es claro, el otro...
es una fatalidad
tener que elegir á uno,
cuando los dos...)
PRUD. Lan larán.
(Tarareando una habanera.)
AMPARO. Le parece á usted qué hombre!
¡Pues no se pone á cantar!
PRUD. ¿Pero, dígame, mi alma,
no iba á salir?
AMPARO. Me es igual,
he variado de opinion.
PRUD. Esa es cosa muy vulgar,
sobre todo en las señoras.
AMPARO. Y en los hombres.
PRUD. Es verdad.
AMPARO. Es usted cubano, eh?
PRUD. Sí.
Cuba es mi país natal,
la tierra á quien dijo Dios,
quiéres lo mejor? ahí va.
AMPARO. Y allí son todos los hombres

como usted?

PRUD. Allá se van.
Los hay altos y pequeños,
de estatura regular...
los hay más gordos... más flacos...

AMPARO. Y hay posmas?

PRUD. Pist... Como acá!

AMPARO. (Este hombre finge, no hay duda.
Cómo le podré sacar
de sus casillas?)

PRUD. (Medita.)
Lan, larán, larán, larán.

AMPARO. Qué canta usté?

PRUD. Una cancion
de aquellas de por allá.
(Amparo se levanta y toma de encima del piano un papel de música y se lo presenta. Prudencio al verlo pega un salto de la butaca.)

AMPARO. Es esta?

PRUD. La esclava! Y cómo?

AMPARO. Es cosa muy natural;
me la ha mandado mi tia.
(Prudencio la tararea y baila.)

PRUD. Tarí, tatí, tará, tatá.

AMPARO. Pero qué es lo que hace este hombre?
Pues no se pone á bailar!

PRUD. Dispénsame, niña mia;
al recordar el compás
de esta música se enciende
aquí en mi pecho un volcan.

AMPARO. Que se enciende!

PRUD. Sí; me inflamo
sin poderlo remediar.

AMPARO. Será posible que usted?...
No lo puedo creer, já, já!
Por verle á usted inflamado
no sé qué hiciera. (Campanillazos dentro.)

PRUD. Allá van.

AMPARO. Va usted á abrir?

PRUD. Sí, mi vida.
No está la doncella.

AMPARO. Mas...

PRUD. Eso no importa. Lo mismo
sirvo yo para llamar
que para abrir. Pronto vuelvo.
Lan, larán, larán, larán.
(Váse tarareando y moviéndose al compás.)

ESCENA IX.

AMPARO.

Si será loco? Es que finge
sin duda. Qué marrulleros
son los hombres! Todos, todos
son lo mismo.

ESCENA X.

AMPARO y PRUDENCIO.

PRUD. Era el cochero
que subía á preguntar
si nos habíamos muerto.
Por Dios, por Dios, Amparito,
de esta música el recuerdo
encendió mi corazon
con las llamas del deseo.
Mire, niña, el pobrecito
se quiere salir del pecho,
yo seré lo que me mande;
tendré el carácter de hierro
ó lo tendré de guayaba;
seré su perro faldero
ó su leon, como guste.
AMPARO. Yo busco un íntimo afecto.
PRUD. Pues en mí lo encontrará.
AMPARO. De veras?
PRUD. Se lo prometo.
Ó me da su corazon
ó que preparen mi entierro.
AMPARO Qué fuego!
PRUD. Pues está claro:
si allí somos todo fuego,
y aunque de invierno por fuera,

el verano anda por dentro.

AMPARO. No me disgusta este cambio.

PRUD. Que le gusta; ya lo creo.
Y ya verá quién soy yo;
pero á su tiempo, á su tiempo.

AMPARO. Qué repentina mudanza!

PRUD. Si esa danza es un veneno
que da la muerte chiquita.
Qué me contesta?

AMPARO. Veremos.
Aquiles ha ido á volver
por mi honor.

AQUILES. (Dentro.) Aquí lo tengo.

AMPARO. ¡Él viene!

PRUD. ¿Por qué se asusta
si estoy yo aquí?

AMPARO. Nada temo;
pero quisiera evitar...
(Puede que el otro.. probemos,
cambie tambien, y en tal caso...)

PRUD. Qué resuelve?

AMPARO. Yo?... resuelvo
que el defensor de mi honra
será de mi mano el dueño,
porque si obras son amores
obras busco yo. Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA XI.

PRUDENCIO y AQUILES.

PRUD. (Entónces estoy seguro
del triunfo.)

AQUILES. ¡Voto á cien truenos!

PRUD. Hola, amigo.

AQUILES. Servidor.
Pareció, por lo que veo,
la doncella.

PRUD. No lo sé.

AQUILES. Está claro Ella me ha abierto:
y Amparito?...

PRUD. Ahora marchó.

AQUILES. Qué tal? se aprovecha el tiempo?
PRUD. ¡Pist! Se hace lo que se puede.
Usté, como es tan tremendo,
conseguirá el abanico.
y yo... pobre de mí...
AQUILES. Cierto.
Usted es una calandria,
lo repito y lo sostengo.
PRUD. Y usted es un guacamayo;
lo dije y no me arrepiento.
AQUILES. Allá veremos, amigo.
PRUD. Amigo, allá lo veremos.
AQUILES. ¡Tengo la sombra más mala!...
Si hoy no me traga el infierno...
De aquello, nada!
PRUD. De veras!
AQUILES. Sí señor.
PRUD. (¿Qué será aquello?)
Y por fin ha conseguido
rescatar?...
AQUILES. Aquí lo llevo.
PRUD. Se puede ver?
AQUILES. Aquí está.
(Saca un enorme garrote que lleva oculto debajo del sobretodo de verano que lleva puesto.)
PRUD. ¡Hombre! Abanico soberbio!
AQUILES. Qué abanico! Si esta carta
me ha trastornado el cerebro.
Mírela usted. Eh, qué tal?
Mas lo primero es primero;
voy por él. (Medio mutis.) Ah! tome usté;
(Le da la carta.)
entérese bien, y luégo
hágame usted el favor
de contestarla al momento.
Hágalo usté, amigo mio,
que yo no sé dónde tengo
la cabeza...
PRUD. ¿Y dígame,
amigo, yo qué contesto?
AQUILES. ¡Voto á quince mil cañones!
Lo que le salga del pecho!

(Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA XII.

PRUDENCIO y á poco AMPARO.

PRUD. Vaya con Dios el amigo.
Pues señor, veamos qué es esto.
(Lee.) «Mi muy querido A. G,
»no existe nada de aquello;
»siempre tuya, P. Q.» Y bien;
aquí hay papel y tintero. (Escribe.)
«P. Q. de mi corazon:
»muchas gracias y me alegro.
»A. G.» Ahora falta el sobre,
que no es difícil, por cierto.
(Escribe el sobre.)
«Señora doña P. Q.»
y que la busque el cartero. (Sale Amparo.)

AMPARO. Qué carta es esa?

PRUD. Una carta
de don Aquiles. (Se la da abierta.)

AMPARO. Qué veo!
«Mi muy querido A. G.»

PRUD. Aquiles Guerra.

AMPARO. Comprendo.
Es de una mujer.

PRUD. Sin duda

AMPARO. «No existe nada de aquello.»
Está claro, es de una amante.
Falso! Perjuro! Perverso!

PRUD. (Dejémosla un rato á solas.)
Despacharé á ese cochero
que está á la puerta.

AMPARO. Sí, sí.
Lo había olvidado.

PRUD. Vuelvo.
Entre tanto la saludo.
¿Y respecto al casamiento?

AMPARO. Puede contar con mi mano.

PRUD. Muchas gracias y hasta luégo.

ESCENA XIII.

AMPARO.

¡Es decir que el tal Aquiles
tiene tambien trapicheos?...
¡Ah bribon!... Y quién será
esa P. Q. del infierno?
Pues cuando oculta su nombre
no debe ser nada bueno.
Esta carta me decide,
él mismo falló su pleito.
Mas si trae el abanico...
si lo trae allá veremos,
pero si no, estoy resuelta;
me decido por Prudencio.

ESCENA XIV.

AMPARO y AQUILES.

AQUILES. ¡Amparo! Amparo!
AMPARO. Qué pasa?
AQUILES. ¡Estoy que con un cabello
se me puede ahogar!
AMPARO. Por qué?
AQUILES. Por qué?
AMPARO. Sí.
AQUILES. Porque el gobierno
no concede la licencia
para marcharme.
AMPARO. Me alegro.
AQUILES. Cómo que se alegra usté?
AMPARO. Porque no hay nada de aquello.
AQUILES. Ya lo sé! Desdicha horrible!
AMPARO. Así podrá satisfecho
quedarse con su P. Q.
AQUILES. Pero qué está usté diciendo?
AMPARO. Puede casarse con ella
y que los bendiga el cielo.
Amarse mucho, já, já!

AQUILES. Señora!...
AMPARO. Muy buen provecho.
AQUILES. Sabe usted quien es P. Q.?
AMPARO. No señor, ni lo deseo.
AQUILES. P. Q. es una señora
de sesenta años.
AMPARO. Celebro
que tenga usted tan buen gusto.
Ya sabe usted el proverbio:
gallina vieja... já, já!
AQUILES. ¡Qué gallina ni qué cuervo!
Si es mi tia.
AMPARO. Sí?
AQUILES. Carnal.
Andaba en el ministerio
para ver si conseguía
mi pase con el ascenso.
AMPARO. ¡Y á quién le ocurre mandar
á una mujer de ese tiempo
á pretender? Sólo á usted,
que tiene perdido el seso.
Yo me figuré otra cosa.
AQUILES. Ya ve usted.
AMPARO. Y qué remedio?
(¡Es lástima!... ¡Es muy buen mozo!)
Pero ahora que recuerdo,
me ha traido usté?...
AQUILES. (Es igual.)
Sí señora, aquí lo tengo.
AMPARO. Pues hágame usté el favor...
AQUILES. (Qué hago yo? Vaya un aprieto!
Le he dicho que sí, porque...)
AMPARO. Me lo da usted?
AQUILES. Sí... al momento.
AMPARO. Ya ve usted, es una prenda
que la echo mucho de menos.
AQUILES. (Puede que tenga razon.)
AMPARO. Las mujeres la debemos
tener siempre encima.
AQUILES. Sí?
AMPARO. Es un eficaz remedio
en algunas ocasiones.

Qué calor! Me hace el obsequio?...

AQUILES. De qué?

AMPARO. De darme esa prenda.
La necesito.

AQUILES. Obedezco.
Aquí está. (Saca el garrote.)

AMPARO. Se burla usted?

AQUILES. No señora, ni por pienso.

AMPARO. ¡No sé cómo se permite
semejante atrevimiento!
Yo hablaba del abanico.

AQUILES. Y yo, al decirle lo tengo,
es porque tengo la llave
que ha de libertar al preso.
Y en fin, porque estoy, señora,
seguro de poseerlo.

AMPARO. Es decir, que aún no lo tiene
en su poder?

AQUILES. Sí. En un verbo
lo traigo. Perdone usté,
en tal estado me encuentro
que no sé lo que me hago.
Ahora verá usté; en un vuelo
voy, se lo quito y lo traigo.
Si yo fuera don Prudencio
podría dudar de mi...
(Va saliendo Prudencio sin ser visto y se coloca detrás de la butaca donde está sentada Amparo, y la hace aire con el abanico.)
Pero ya está aquí.

ESCENA XV.

LOS MISMOS y PRUDENCIO.

AMPARO. Qué es esto?

PRUD. Por si es que tiene calor,
mi vida...

AMPARO. Ya.

PRUD. La hago fresco.

AQUILES. Cómo!

PRUD. Llegó la ocasion,

yo callo y obro, señora.
AQUILES. Voto á una ametralladora!
PRUD. El abanico en cuestion.
Volviendo de su desmayo,
en fuerte se tornó el mandria,
¿y ahora, soy yo la calandria
ó es usted el guacamayo?
AQUILES Parece mentira.
PRUD. No.
AQUILES. Voto á los moros de Argel!
Ahora que iba yo por él!
PRUD. Justo; lo he traido yo.
Anoche ví que en un coche
se metió el tal; me metí
en el coche con él y
le tengo aquí desde anoche.
(Señalándose en el pecho.)
Le dije con voz melosa,
amiguito, lo suplico,
devuélvame ese abánico
ó le rompo alguna cosa.
Y con mucha sangre fría,
condicion que no me deja,
yo le corté media oreja
y él me aplicó una sangría.
AQUILES. Qué es lo que dice!
AMPARO. ¡Qué horror!
Una sangría!
PRUD. Sí tal,
y no me ha sentado mal,
porque hace mucho calor.
No haga juicios temerarios
sobre el cómo me he batido,
porque ha de saber que he sido
capitan de voluntarios,
y el batirme no me afecta,
que ántes de venir aquí
muchas veces me batí
contra la turba insurrecta.
AMPARO. Bien.
AQUILES. (Me burló como á un mico
y me chafó con su calma!)

PRUD. Conque ahí le devuelvo, mi alma,
su honra con su abanico.
AQUILES. Me ha vencido este avechucho.
PRUD. No hay razon porque se asombre.
AMPARO. (Gracias á Dios que hallé un hombre
que hable poco y haga mucho.)
PRUD. Y mañana, viento en popa,
me marcho á Cuba y amen,
porque no me sientan bien
los airecillos de Europa.
AMPARO. Don Prudencio...
PRUD Dicho está.
Ahora elija.
AMPARO. Y qué contesto?
Aquiles...
AQUILES. (Malo me he puesto.)
Y bien?
AMPARO. Dice que se va!
AQUILES. Estoy que con un cabello!...
¡De lo dicho se desdice!
AMPARO. Hombre, como P. Q. dice
que no hubo nada de aquello,
ya ve usted que me interesa
decidir.
AQUILES. Lucido estoy.
PRUD. Mire, niña, que no soy
plato de segunda mesa.
AMPARO. (Ap. á Prudencio.)
(Calle usted.)
AQUILES. ¡Voto al destino
y á catorce mil cañones!
Á echarse las bendiciones;
y si hace falta padrino,
aquí está Aquiles; mandad
y la indecision se acabe.
(¡Este mozo tan suave
me hundió con su suavidad!)
AMPARO. Ah!
PRUD. Gracias.
AMPARO. Bien!
PRUD. Bravo, chico!
Á Cuba.

AMPARO. Á Cuba.
PRUD. Marchemos.
Si hace calor nos haremos
aire con el abanico.
AMPARO. Ahora nos falta saber
qué opinan...
AQUILES. Allá voy yo.
Yo sabré si...
(Aquiles se dirige al público muy resuelto, Prudencio le detiene y presenta á Amparo.)
PRUD. Quite, no,
que lo va á echar á perder.
AMPARO. (Al público.)
Con un aplauso, señores,
satisfechos quedarán
el autor y los actores;
porque un antiguo refran
dice que OBRAS SON AMORES.

FIN.

AUMENTO A LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Cesante y apaleado	1	D. Armengol Marqués	Todo.
Contra soberbia humildad	1	Juan de Alba	»
Don Rufo Revueltas	1	Luis Pacheco	»
El grano de arena	1	E. Jackson Cortés	»
El único ejemplar	1	Miguel Echegaray	»
La mujer de Putifar	1	Juan Bergaño	»
La veleta	1	Luis Pacheco	»
Las lunas del amor	1	R. García Santisteban.	»
Los encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
Lucrecia Borges	1	F. Lopez Valois	»
Muertes que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
Obras son amores	1	E. Jackson Cortés	»
Por un majuelo	1	Luis Pacheco	»
Un sol que nace y un sol que muere	1	Josè Echegaray	»
¡Viva la Paz!	1	R. Maria Liern	»
Desde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
El nido de la cigüeña	2	Juan Bergaño	»
Las desdichas de un buen mozo	2	N. Serra	Mitad.
Los alfilerazos	2	S. María Granés	Todo.
Figuras de cera	3	José Marco	»
Las fiestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
El verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
La mejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
Tres piés al gato	3	L. Marieno de Larra.	»
Vivir al dia	3	R. María Liern	»
El Florentino	5	Juan Belza	»
ZARZUELAS.			
El fresco de Jordan	1	S. María Granés	Libro.
La Paz	1	R. Puente y Brañas	Libro.
Una conspiracion	1	D. M. Genaro Rentero	Libro.
Entre el alcalde y el rey	3	G. Nuñez de Arce	Libro.
La Marsellesa	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

Nota. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don V. Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.